

veía al fin, después de haberla buscado en vano durante tanto tiempo ! le parecía que había perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Ella era siempre la misma, sólo que estaba algo pálida; su cara delicada llevaba por marco un gorro de terciopelo morado, y su talle iba envuelto en una manteleta de raso negro. Bajo su largo vestido, entreveíase su pié diminuto encerrado en unos botitos de seda.

Iba como siempre, acompañada del señor Leblanc.

Había dado ella algunos pasos en el cuarto, y deposita' o sobre la mesa un paquete bastante voluminoso.

La mayor de las dos Jondrette se había retirado detrás de la puerta, desde donde miraba con ojos sombríos aquel sombrero de terciopelo, aquel manto de seda y aquel rostro hermoso y feliz.

## IX

## JONDRETTE CASI LLORANDO

El desvan estaba tan oscuro, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar la impresión que produce la entrada en un sótano. Los dos recién llegados avanzaron pues con cierta hesitación, distinguiendo apenas unas figuras vagas en derredor de ellos, mientras que ellos á su vez eran perfectamente vistos y examinados por los moradores del chiribití, habituados á aquel crepúsculo.

El señor Leblanc se acercó, con su bondadosa y triste mirada, y dijo al tío Jondrette :

— En ese paquete hallará usted, señor mío, algunas ropas nuevas, medias y colchas de lana.

— Nuestro angélico bienhechor nos colma de beneficios, dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo. — Y después, acercándose al oído de su hija la mayor, mién-

tras que los dos visitantes examinaban aquel interior lamentable, anadió en voz baja y rápidamente :

— ¿ Eh ? ¿ qué es lo que yo decia ? ¡ trapos ; nada de dinero. ¡ Todos son lo mismo ! Á propósito, ¿ cómo iba firmada la carta que llevaste á este zorro viejo ?

— Fabantou, respondió la hija.

— El artista dramático, ¡ Bueno !

Y á fe que no le llegó la noticia á destiempo á Jondrette, porque en aquel mismo instante se dirigia á él el señor Leblanc, y le decia, con ese tono y ademan del que anda en busca de un nombre.

— Ya veo que es usted muy digno de compasion, señor...

— Fabantou, respondió vivamente Jondrette.

— Señor Fabantou, sí, eso es. Ya lo recuerdo.

— Artista dramático, caballero, y que ha obtenido sus triunfos.

Aquí creyó Jondrette evidentemente llegado el instante de apoderarse del « filántropo ». Y exclamó con cierto gesto y cierta entonacion de voz que participaba á la vez de los humillos de vanidad propios del charlatan ó titiritero de las ferias y de la humildad del mendigo de las grandes rutas : — ¡ Discípulo de Talma ! ¡ caballero ! Yo soy discípulo de Talma ! La fortuna me sonreia en otro tiempo. Pero, ¡ ah ! ahora, está en turno para mí la desgracia. Vea usted, mi bienhechor, estamos sin pan, y sin lumbre. Mis pobres, criaturas no tienen lumbre en la chimenea para calentarse, con estos frios que están haciendo ! Mi única silla está sin asiento ! ¡ Una vidriera se halla rota ! ¡ y con el tiempo que hace ! ¡ Mi esposa en cama, enferma !

— ¡ Pobre mujer ! dijo el señor Leblanc.

— ¡ Mi niña herida ! añadió Jondrette.

La chica, distraida con la llegada de las dos personas

extranjeras, se habia puesto á contemplar á « la señorita, » y habia cesado de sollozar.

— ¡ Gimpla, tú, pues ¡ llora ! la dijo Jondrette en voz baja.

Al mismo tiempo la pellizcó en la mano enferma. Todo esto lo hacia él con una destreza y con un verdadero talento de juglar.

La muchacha se puso á llorar con amargura.

La adorable jovencita á quien Marius apellidaba en el fondo de su corazon « su Úrsula » se acercó vivamente á ella.

— ¡ Pobre querida niña ! dijo.

— ¡ Vea usted, hermosa y buena señorita, prosiguió Jondrette, vea cómo tiene toda la mano ensangrentada ! Es un accidente desgraciado que le ha sucedido trabajando en una mecánica para ganar seis sueldos diarios. Tal vez será necesario amputarla el brazo.

— ¿ De véras ? dijo el anciano alarmado.

La muchacha, tomando por lo serio esta prediccion de su padre, se puso á sollozar cada vez más desconsolada.

— ¡ Oh ! ¡ sí, mi bienhechor ? respondió el padre.

Hacia algunos momentos que Jondrette contemplaba al « filántropo » de un modo extraño. Sin dejar de hablar, parecia escudriñarle con la mayor atencion, como si tratara de atar cabos, como suele decirse, y de recoger y renovar sus recuerdos. De repente, aprovechándose de un momento en que los recién llegados preguntaban con interes á la niña acerca de la herida de la mano, pasó él junto á su mujer, que estaba en la cama afectando la mayor postracion y estupidez, y la dijo en voz baja y muy de prisa :

— ¡ Repara bien á este hombre !

En seguida, volviéndose hácia el señor Leblanc, y continuando su lamentacion, le dijo :

— ¡Vea usted, caballero! ¡yo no tengo, por toda ropa, sino una camisa de mi mujer! ¡y toda hecha pedazos! en lo más crudo del invierno. Me es imposible salir por no tener una mala levita ó gaban. Si yo tuviera un frac, iría á ver á la señorita Mars, que me conoce, y me estima mucho. ¿No sigue ella viviendo siempre en la calle de la Tour-des-Dames? Sepa usted, señor mio, que hemos trabajado, ella y yo, juntos en las ciudades de provincia. Yo he compartido tambien sus laureles. ¡Celimena vendría en mi auxilio, caballero! ¡Elmira daría limosna á Belisario! ¡Pero no, nada de eso! ¡Estamos sin un sueldo en esta casa! ¡Mi mujer enferma, y sin un sueldo! Mi hija peligrosamente herida, y sin un sueldo! Mi esposa sufre de ahogamientos. Es á causa de la edad, y además, el sistema nervioso, tambien complica el mal. ¡Necesitaría socorros, y mi hija tambien! ¡Pero y el médico! y el boticario! ¿cómo los hemos de pagar? ¡Imposible! ¡sin un centavo! ¡Yo me arrodillaría ante una moneda de dos sueldos, caballero! ¡Hé aqui á lo que se ve hoy reducido el arte! ¿Y sabe usted, mi linda señorita, y usted, mi generoso protector, saben ustedes, ustedes que respiran la virtud y la bondad, y que perfuman esa iglesia que allí es donde mi pobre hija, al ir á rezar sus devociones, los ve todos los dias? Pues yo educo á mis hijas en la religión, caballero. No he querido que siguieran el teatro. ¡Ah! ¡desgraciadas de ellas si las viera yo cometer el menor deslíz! ¡Es que yo no me ando con bromas! ¡Las enderezo mis pláticas y las sermoneo de lo lindo, sobre el honor, sobre la moral, y sobre la virtud! ¡Pregúntenlas ustedes! Aquí es preciso que todo vaya por el camino recto. Ellas tienen un padre. No son de esas desgraciadas que principian por no tener familia, y acaban por casarse con el público: que de señoritas Nadie, pasan á ser mujeres de Todo-el-

mundo. Caramba! ¡nada de eso se ha de ver jamas en la familia Fabantou! Yo trato de educarlas virtuosamente, y de que sean honradas, y que sean buenas, y que crean en Dios, voto al chapiro verde! ¿Y bien, señor mio, mi digno protector, sabe usted lo que va á pasar aqui mañana? Mañana es el 4 de Febrero, dia fatal para mí como que cumple el último plazo que me ha dado el casero: si esta noche no le he pagado, mañana, mi hija mayor, yo, mi esposa, con su calentura, mi niña con su herida, todos cuatro seremos expulsados de aquí, y lanzados fuera, á la calle, en medio del boulevard, sin abrigo, bajo la lluvia, sobre la nieve. Hé ahí, señor mio. ¡Debo cuatro trimestres, un año! es decir, sesenta francos.

Jondrette mentía. Los cuatro términos, ó cuatro trimestres, no habrían importado sino cuarenta francos, y no podía deber cuatro, puesto que no hacia aún seis meses que Marius le habia pagado dos.

El señor Leblanc sacó cinco francos del bolsillo y los arrojó sobre la mesa.

Jondrette tuvo tiempo para refunfuñar al oído de su hija mayor:

— ¡Tacaño! ¡ruin! ¿qué quiere ese hombre que haga yo con sus cinco francos? ¡Ni me alcanza eso siquiera á pagar mi silla y mi vidriera! Haga usted gastos para esto!

Entre tanto, el señor Leblanc se habia quitado un gran gaban color de castaña que llevaba puesto sobre su levita azul, y le habia colocado sobre el espaldar de la silla.

— Señor Fabantou, dijo, no traigo conmigo en este momento sino esa moneda de cinco francos, pero voy á llevar á mi hija á casa, y volveré esta noche; ¿no es esta noche cuando tiene usted que pagar?..

El rostro de Jondrette se iluminó con una expresion singular y extraña, y respondió vivamente:

— Sí, señor, mi respetable protector. Á las ocho, debo de hallarme en casa del propietario de mi vivienda, es decir, de mi casero.

— Á las seis estaré yo aquí, y le traeré á usted los sesenta francos.

— ¡Mi bienhechor! exclamó Jondrette desconcertado de gozo.

Y añadió en voz baja :

— ¡Mirale bien, mujer!

El señor Leblanc habia vuelto á tomar el brazo de la bella jovencita que llevaba consigo y se volvía hácia la puerta :

— ¡Hasta esta noche, amigos míos! dijo.

— ¿Á las seis? repuso Jondrette.

En este momento, los ojos de la Jondrette mayor se fijaron en el gaban que quedaba sobre el espaldar de la silla.

— Caballero, dijo la muchacha, que se deja usted el gaban olvidado.

Jondrette lanzó á su hija una mirada aterradora, acompañada de un encogimiento de hombros formidable.

El señor Leblanc se volvió y respondió con una sonrisa :

— No le olvido, sino que le dejo.

— ¡Oh, mi protector, dijo Jondrette, mi augusto bienhechor, yo estoy anegado en lágrimas de reconocimiento! Permítame usted que le acompañe hasta su coche.

— Si usted sale, repuso el señor Leblanc, póngase ese gaban; pues hace realmente mucho frío.

Jondrette no se hizo de rogar; se plantó al instante el gaban castaño.

Y salieron todos tres, precediendo Jondrette á sus dos visitanter

## X

## TARIFA DE LOS COCHES DE ALQUILER

Nada habia perdido Marius de toda esta escena, y sin embargo, en realidad, nada habia él visto. Sus ojos habian permanecido fijos en la jóven á quien su corazón habia asido, por decirlo así, y envuelto toda entera desde su primer paso en aquel desvan. Durante todo el tiempo que ella estuvo allí, habia él vivido esa vida del éxtasis que suspende las percepciones materiales y precipita y concentra toda el alma en un solo punto. Contemplaba desde su misterioso observatorio, no á aquella niña, sino á aquel astro fulgente, aquella luz envuelta en una manteleta de raso y en un gorro de terciopelo. Si la estrella Sirio bubiera entrado en aquel cuarto, no le habria deslumbrado más.

Miéntas que la jóven abría el paquete, desdoblaba la ropa y los cobertores, interrogaba á la madre enferma con bondad y á la niña herida con ternura, espiaba él todos sus

movimientos, y trataba de escuchar todas sus palabras. Conocía sus ojos, su frente, su b elleza, su talle, su porte, su manera de andar; pero no conocía el metal de su voz. En una ocasi on creyó haber percibido algunas palabras de ella en el Luxemburgo, pero no estaba enteramente seguro. Habría él dado diez años de vida por oirla, por poder transportar   su alma algo de aquella m sica deliciosa. Pero todo se perdía en medio del confuso clamoreo, de las ostentosas lamentaciones y de los truenos y trompetas que Jondrette hacía oir sin cesar. Esto mezclaba una verdadera ira con el verdadero encanto de Marius, quien se contentaba con cubrirla y cobijarla con sus ojos: y no podía imaginarse que fuera realmente una criatura divina la que él veía en medio de aquellos seres inmundos y en aquel monstruoso tugurio. Parecía ver un colibrí entre unos sapos.

Cuando ella salió, no tuvo él más que un pensamiento, seguirla, adherirse   su huella, y no abandonarla hasta que supiera dónde habitaba, no volverla á perder   lo m enos, después de haberla encontrado de un modo tan milagroso. Salt  de encima de la cómoda al suelo y tom  el sombrero. Al poner la mano en el pestillo de la puerta, para salir, una reflexión le detuvo. El corredor era largo, la escalera pendiente, Jondrette hablador, el señor Leblanc no había subido aún al coche, sin duda; si al volver este la cara, en el corredor, ó en la escalera,   bajo el dintel de la puerta, le veía   él,   Marius, en aquella casa, evidentemente se alarmar a y hallaría medio de escapársele de nuevo, lo que anularía los efectos de este feliz y casual encuentro.   Qué hacer, pues?   esperar un poco? pero en este caso, miéntras que él esperara, el carruaje podría marcharse. Marius quedó perplejo. Por último, se arriesgó y salió de su cuarto.

Ya no había nadie en el corredor. Dirigi se corriendo   la escalera. Nadie había ya en esta tampoco. Baj    toda

prisa, y llegó al boulevard   tiempo para ver un fiacre que daba vuelta   la esquina de la calle del Petit-Banquier, volviendo á entrar en París.

Marius se precipitó en esta dirección. Llegado   la esquina del boulevard, vi  nuevamente el fiacre que descendía con la mayor rapidez la calle Mouffetard; el carruaje se hallaba ya muy léjos, sin que hubiera medio de alcanzarle.   Cómo?   corriendo tras de él? imposible; y por otra parte, desde el coche se notaría seguramente   un individuo corriendo   todo correr en persecución del mismo fiacre, y entónces el padre no podría m enos de reconocerle. En este momento, casualidad inaudita y maravillosa, distinguió Marius un coche de alquiler que pasaba vacío por el boulevard. No le quedaba ya sino un partido que tomar, subir en aquel coche y seguir el fiacre. Esto era seguro, eficaz y sin peligro.

Marius hizo se a al cochero para que se detuviese y le grit :

—     la hora!

Marius iba sin corbata, llevaba su frac viejo de trabajo, al cual faltaban varios botones, y su camisa estaba rota en uno de los pliegues del pecho.

El cochero se detuvo, le guiño el ojo, y alargó h acia Marius su mano izquierda, frotando suavemente su dedo índice contra el pulgar.

—   Qué? dijo Marius.

— Que pague usted adelantado, le respondió el cochero.

Marius se acordó entónces de que no llevaba consigo sino diez y seis sueldos.

—   Cuánto? pregunt .

— Cuarenta sueldos.

— Al volver le pagar  á usted.

Por toda respuesta, el cochero se puso á silbar la canción del Mambr , y dió un latigazo   su caballo.

Marius se quedó mirando, con ademán extraviado y pen-

sativo, cómo el cabriolé se alejaba. Por veinticuatro sueldos que le faltaban, ¡perdía él su alegría, su dicha, su amor! ¡volvía á sumergirse en la profunda oscuridad de la noche! había visto, y se hallaba ciego nuevamente. Se acordó entónces, y preciso es que lo digamos, se acordó con amargura, con un gran pesar, de los cinco francos que en la misma mañana de este día había él dado á aquella miserable muchacha. Si hubiera él tenido ahora sus cinco francos, estaba salvado, renacería á la vida, saldría del limbo y de las tinieblas, saldría del aislamiento, del spleen, de la viudez; reanudaría el negro hilo de su destino con aquel hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse por segunda vez! Volvió pues á entrar en la casucha, desesperado y sin consuelo.

Habría podido él decir para sí que el señor Leblanc había prometido que volvería aquella noche, y que no tenía más que hacer sino tomar bien esta vez sus medidas y precauciones para seguirle hasta su casa; pero en el éxtasis y arrobamiento de su contemplación, apenas había él comprendido nada de esto.

En el momento de subir la escalera, distinguió al otro lado del boulevard, á lo largo de la gran pared desierta de la calle de la Barrera de Gobelins, á Jondrette que iba muy envuelto en el sobretodo del « filántropo », y que estaba hablando con uno de esos hombres de malas trazas á quienes se suele apellidar *vagabundos de bar:eras*; gentes de semblante epuívoco, de monólogos sospechosos, que muestran siempre signos de abrigar malos pensamientos, y que duermen bastante fácil y habitualmente de día, lo que hace suponer que trabajan de noche.

Aquellos dos hombres, conversando inmóviles bajo la nieve que caía á torbellinos, formaban un grupo que un agente de policía habría observado seguramente, pero que Marius apenas notó siquiera.

Sin embargo, por más dolorosa que fuese la preocupación que le atormentaba el ánimo, no pudo ménos de decir para sí que aquel vagabundo de barreras con quien estaba hablando Jondrette se parecía á un tal Panchaud, á las Printanier, á las Bigrenaille, que Courfeyrac le había mostrado una vez, que pasaba en el barrio por un andorrero nocturno asaz peligroso. En el libro anterior hemos visto el nombre de este sugeto. Este Panchaud, á las Printanier, á las Bigrenaille, ha figurado despues en varias causas criminales, acabando por disfrutar la celebridad de un bandido de primer órden. Entónces no pasaba aún de ser un famoso tunante. Hoy se halla ya en estado de tradición entre los bandidos y los *escarpes*<sup>1</sup>. Á fines del reinado anterior formaba él escuela. Por la tarde, al anochecer, á la hora en que se reunen los grupos y se hablan en voz baja, solian ocuparse de él en la Force, en la Fosa de los Leones. Y aún se podía leer, en aquella cárcel precisamente en el sitio por donde pasaba, bajo el camino de ronda, aquel canal de las letrinas que sirvió á la fuga inaudita, en mitad del día, de treinta presos en 1843, se podía leer, decimos, sobre la fosa de aquellas letrinas, su nombre, PANCHAUD, audazmente grabado por él mismo en la pared de ronda, en una de sus tentativas de evasión. En 1832, ya estaba vigilado por la policía, pero aún no había él inaugurado formalmente sus proezas.

<sup>1</sup> Asesinos.

## XI

### LA MISERIA OFRECIENDO SUS SERVICIOS AL DOLOR

Subió Marius la escalara de la casucha muy despacio; en el momento en que iba á entrar en su cuarto, notó detras de él, en el corredor, á la hija mayor de Jondrette que le seguia. La vista de esta muchacha le fué desagradable y áun odiosa; ella era quien tenfa sus cinco francos, y ya era demasiado tarde para volvérselos á pedir; el cabriolé no estaba ya allí, el fiacre se hallaba muy léjos. Además, ella tampoco se los devolveria. En cuanto á preguntarla por la morada de las personas que poco ántes habian estado en su casa, era cosa inútil, pues evidentemente ella no la sabía, puesto que la carta firmada Fabantou estaba dirigida *al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques du Haut-Pas*.

Marius entró en su habitacion, y empujó la puerta como para cerrarla.

La puerta sin embargo no se cerró; y al volver él la vista

atras, notó que una mano la sujetaba, reteniendola entreabierta.

— ¿Qué es eso? preguntó, ¿quién está ahí?

Era la hija de Jondrette.

— ¿Es usted? replicó Marius casi con dureza, ¡siempre usted! ¿Qué es lo que usted quiere ahora?

Ella parecia como cavilosa y no miraba. Ya no traia aquel aplomo y aquella deservoltura de por la mañana. No habia entrado, manteniéndose en la sombra del corredor, donde Marius la distinguia por la puerta, que estaba á medio cerrar.

— ¡Ea! vamos, ¿responderá usted, sí ó no? la dijo Marius. ¿Qué es lo que usted quiere?

Levantó ella entónces sus ojos apagados, en los cuales parecia encenderse vagamente una especie de claridad, y le dijo:

— Señor Marius, el semblante de usted está triste. ¿Qué es lo que usted tiene?

— ¡Yo! dijo Marius.

— Sí, usted.

— No tengo nada.

— Sí.

— No.

— ¡Yo le digo á usted que sí!

— ¡Déjeme usted en paz!

Marius empujó de nuevo la puerta, y ella continuó reteniéndola.

— Vea usted, le dijo ella, hace usted mal. Aunque usted no es rico, hasido esta mañana bueno y generoso conmigo. Séalo usted tambien ahora. Me ha dado usted con qué comer, dígame ahora lo que tiene. Usted tiene alguna pena, eso se está viendo. Yo no quisiera que usted tuviese penas. ¿Qué es lo que habria que hacer para eso? ¿Podria yo servir de algo? Empléeme usted. Yo no le pido á usted sus secre-

tos, no necesitará usted decírmelos; pero, en fin, yo puedo ser útil. Podré bien ayudar a usted, puesto que ayudo a mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir a las casas, pedir de puerta en puerta, buscar las señas de un domicilio, seguir a alguien, yo sirvo para todo esto. Pues bien, usted puede decirme desde luego lo que tiene, lo que quiere, lo que necesita, yo iré hablar a las personas; algunas veces, con que alguien vaya a hablar a las personas, eso basta para saber las cosas, y después todo se arregla. Sirvase usted de mí.

Una idea atravesó la mente de Marius. ¿Qué rama se desdeña cuando uno se siente caer?

Se acercó a la Jondrette.

— Escucha, ... la dijo.

Ella le interrumpió con un relámpago de gozo en los ojos:

— ¡Oh sí, tutéeme usted! me gusta más eso.

— Pues bien, continuó él, tú has traído aquí a ese señor anciano con su hija.

— Sí.

— ¿Conoces las señas de su casa?

— No.

— Procura saberlas y decírmelo.

Los ojos de la Jondrette, de tristes, se habían puesto alegres, de alegres, se convirtieron ahora en sombríos.

— ¿Y eso es lo que usted quiere? le preguntó.

— Sí.

— ¿Es que usted los conoce?

— No.

— Es decir, repuso ella vivamente, que usted no la conoce, pero quiere conocerla.

Este *la*, en que ella cambió tan pronto el *los*, tenía un no sé qué de significativo y de amargo.

— ¿En fin, puedes tú? dijo Marius.

— Tendrá usted las señas de la bella señorita.

Todavía, en estas palabras, « la bella señorita, » había cierta entonación que importunó a Marius, quien repuso:

— ¡En fin, no importa! lo mismo da, las señas del padre y de la hija. ¡Sus señas, qué!

Ella le miró fijamente.

— ¿Y qué es lo que usted me dará?

— Todo lo que tú quieras.

— ¿Todo lo que yo quiera?

— Sí.

— Tendrá usted las señas.

Bajó ella la cabeza, y haciendo en seguida un movimiento brusco, tiró de la puerta, la cual quedó cerrada.

Marius volvió a quedar otra vez solo.

Dejóse caer sobre una silla, apoyando la cabeza y los codos en su cama, abismado en pensamientos que no podía fijar ni esclarecer, y como sufriendo un vértigo. Todo lo que había pasado desde aquella mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que acababa de decirle aquella muchacha, una vislumbre de esperanza flotando en una desesperación inmensa: hé aquí lo que llenaba confusamente su cerebro.

De improviso se halló violentamente arrancado a su delirio.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette que pronunciaba estas palabras llenas del más extraño interés para él:

— ¡Yo te digo que estoy muy seguro, y que le he reconocido bien!

¿De quién hablaba Jondrette? ¿a quién había él reconocido? ¿al señor Leblanc? ¿al padre de « su Úrsula? » ¡Qué! ¿es que le conocería Jondrette? ¿Iria a poseer Marius, de esta manera brusca e inesperada, todos los datos y noticias sin los cuales su propia vida era oscura para él mismo? ¿iba él por fin a saber a quién amaba, quién



era aquella jovencita? ¿quién era su padre? ¿la sombra tan densa que los cubría. se hallaba tal vez á punto de disiparse y de esclarecer el misterio? ¿iba á romperse el velo al fin? ¡Ah! cielos!

Saltó, más bien que subió, sobre la cómoda, y volvió á instalarse en su puesto, junto á la pequeña claraboya del tabique.

Desde allí veía él nuevamente el interior del tabucc Jondrette.

## XI

## EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCOS DEL SEÑOR LEBLANC

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, sino que la mujer y las hijas habían echado mano á los objetos que contenía el paquete, poniéndose medias y chambras de lana. Dos cobertores nuevos cubrían ya las dos camas.

El Jondrette acababa evidentemente de entrar. Todavía estaba acezando. Sus hijas se hallaban junto á la chimenea, sentadas en el suelo, la mayor curando la herida de la mano á la pequeña. La madre estaba como agobiada sobre el camastro inmediato á la chimenea, con un semblante lleno de extrañeza y de asombro. Jondrette se paseaba por el desván, á lo largo, y dando grandes trancadas. Sus ojos también mostraban un aspecto extraordinario.

La mujer, que parecía tímida y como embargada de estupor en presencia de su marido, se aventuró por fin á decirle :